DE INTERIORES

Marlene se va a la Ópera o la arquitectura traicionada

Sin duda los dos acontecimientos culturales mas importantes del presente otoño se redactaron en torno a dos edificios que provocarán, a buen seguro, idénticas dosis de admiración y controversia; me refiero, obviamente, a las casi simultáneas inauguraciones del Museo Guggenheim en Bilbao, la más seductora obra del arquitecto americano Frank Gehry, y a la apertura tras innumerables peripecias del Teatro Real de Madrid, excelente labor de remodelación llevada a cabo por Francisco Partearroyo.

Dejando para mejor ocasión al Guggenheim y su trascendencia como manifiesto de la arquitectura en estado puro (y donde las traiciones, que las hay, se escenifican en otros campos), me referiré exclusivamente al nuevo Real, desolador ejemplo de cómo irreflexivas aportaciones "decorativas" de última hora, pueden llegar a oscurecer lo mejor de una obra a todas luces acreedora de un mejor destino y desde luego de un mayor respeto. En este punto conviene no olvidar que desde los primeros años del XIX –la propuesta inicial data de 1831–, el Teatro Real ha sufrido toda clase de transformaciones y ampliaciones sucesivas: las dos primeras, llevadas a cabo en 1852 y 1884; en el presente siglo, las de 1926, 1942, 1953, 1961 y finalmente 1993, en que se acometen las obras que formalizan su estado actual. Esta bien claro que son demasiados cambios de rumbo como para asumir un trayectoria precisa; pero de ahí a entender el proyecto del Real como un terreno de nadie, capaz de aguantar el desembarco de una horda de estilistas (en el peor concepto del término), dista un mundo. La propuesta de Francisco Partearroyo imaginó el Real como una solución intermedia, en la que la nueva arquitectura se reconozca como tal e hija de este momento, pero que a la vez intente sumarse sin violencia a la realidad preexistente para armonizar un todo coherente. Ello hubiese llegado a ser cierto si los responsables culturales –uno no termina de entender si pertenecen a otra galaxia o simplemente a otro siglo– no hubiesen decidido "retocar" el resultado acudiendo al siempre dudoso camino de la ornamentación. Para tal propósito se convoca a una serie de interioristas presuntamente seguidores de la etapa Paramount de Joseph von Stemberg (genial cineasta y entre otras muchas cosas artífice de la transformación de Marlene Dietrich en una actriz apta para el gusto del Hollywood de la época), con la pretensión de que dicha opción a lo mejor quedaba fino. Lo malo, lo peor en este caso, es que dichos von Stemberg de perfil bajo sólo reconocen una parte del legado del maestro: aquél donde, consciente o incoscientemente, los personajes del drama han llegado a su fin y por tanto a la renuncia al mañana (decisión que en el presente caso evita cualquier aportación de piezas de diseño contemporaneo a lo largo de los múltiples salones del teatro); olvidando por el camino que la exoticidad de Stemberg es más bien un pretexto útil para dar objetividad a la fantasía. Por el contrario, en el Real no hay ni fantasía ni mucho menos objetividad; sólo, ese manido recurso de acumular elementos decorativos de dudosa procedencia y edad, de esos que tiendan a confundir el reina Ana con el reina mora y donde, en una nueva traición al espíritu del maestro Stemberg, la paradoja de la virtud sin moralidad se resuelve en favor de la violencia, mediante la violación sin respeto del espacio arquitectónico. Puestas así las cosas, la solución decorativa no es más que un descabellado homenaje a dos de las piezas sublimes de la obra de von Stemberg: The Scarlett Empress (1934), entendido como una orgía de damascos, falsas escayolas y espesas alfombras de colores inenarrables, que van del verde pistacho (¿o es botella?) al azul berenjena; pero sobre todo, a Shangai Express (1932), cuya pièce de résistance es el patético restaurante de la segunda planta, repleto de obeliscos, viloncellos en el tejado, falsas pérgolas, vitrinas Genghis Khan, tolditos con cascabeles (no me invento nada, lo vi en un estado tan sobrio que hubiese pasado el control de alcoholemia mas riguroso). Y que conste que cuando uno decide tomar la ruta de Shangai, ciertos detalles del orientalismo extremo pueden ser justificables; pero ¿era necesario llegar a esa estética de casa de putas lujosa en Macao?

A pesar de semejante bofetada a los viejos conceptos de sensibilidad y rigor, para los amantes de la verdadera arquitectura aún queda un soberbio proyecto para un teatro tanto tiempo añorado, dotado de una espectacular y bellísima sala (pese a ciertos desequilibrios de escala en el Palco Real y en los proscenios), impecable acústica y provisto de todos aquellos avances técnicos que seguro harán de él una pieza fundamental en el circuito operístico mundial. Aún no pudiendo olvidar tanta traición, eso sigue siendo mucho.

J. M. Fernández-Isla